

Los virreinos americanos: el ser mestizo

Yadira Munguía

Universidad Panamericana Guadalajara

El campo de análisis de los virreinos americanos es vasto e inagotable. Un nuevo mundo surgió a partir de la confluencia de dos realidades distintas: la española peninsular y aquella del otro lado del océano Atlántico, aún sin el nombre de América, pero rica en culturas, diversas entre sí, sin una identidad unitaria ni un término que las englobara.

De la fusión de esos dos universos tan opuestos nacimos nosotros, los hispanoamericanos: no solo hispanos ni únicamente americanos, sino el resultado de una mezcla fecunda. A esta amalgama se sumó, de manera forzada, la presencia africana: hombres y mujeres arrancados de sus tierras natales y traídos forzosamente a una región completamente ajena, donde se vieron obligados a integrarse en condiciones de esclavitud.

La América hispana actual es, en esencia, producto del mestizaje. Esta mezcla constituye nuestra identidad. Reflexionar sobre ello es la finalidad de este volumen, que responde a la necesidad de tomar conciencia de dicha realidad y de contribuir a la eliminación de barreras ideológicas que aún hoy pueden dividirnos, a pesar de nuestra común humanidad.

El mestizaje del que deseamos disertar en este libro no es únicamente el racial —tema ampliamente abordado en otros espacios y que, evidentemente, continúa siendo relevante—, sino también el cultural. Nos interesa destacar la fusión de pensamientos, artes y experiencias diversas que comenzaron a gestarse en el siglo XVI y que hoy conforman nuestra realidad cotidiana.

Consideremos, por ejemplo, la gastronomía de nuestra América, donde lo mestizo se expresa con particular evidencia, incluso con acentos barrocos. Pensemos en el mole, los chiles en nogada, las quesadillas, el atole y otros platillos que reflejan modos de alimentarse provenientes de tres fuentes principales: la española —con su importante herencia árabe—, la africana y la americana. Cada uno de estos elementos aporta ingredientes, técnicas y simbolismos que, en conjunto, conforman nuestra cocina mestiza.

Este mestizaje cultural se manifiesta también en el arte: los ángeles morenos de Tonantzintla, las peregrinaciones con sus danzas de origen prehispánico: la indumentaria, la literatura, las artesanías... Todas son expresiones fundamentales de nuestra identidad hispanoamericana.

Reconocernos en nuestro pasado y comprendernos en el presente resulta esencial. El mestizaje que configura nuestro entorno hispanoamericano es una realidad concreta, presente en todas las esferas de la vida diaria en el continente. Se trata de un fenómeno que debe ser analizado, reconsiderado y reinterpretado de forma periódica. No solo fue decisivo en la historia de la humanidad; es también un proceso abierto, cuya transformación sigue en curso.

Aunque el componente racial parece haberse diluido —al menos en términos clasificatorios rígidos—, en el ámbito cultural e histórico es imprescindible tomar conciencia de nuestra hibridación. Solo así podremos aclarar desavenencias, superar prejuicios, desmontar separaciones y sanar los rencores que aún hoy persisten a ambos lados del Atlántico. Por difícil que resulte aceptarlo, todavía sobreviven el prejuicio del conquistador y la herida del conquistado.

Muy dentro de cada latinoamericano resuena, desde lo más profundo de su sensibilidad, la desolación por un mundo perdido. Esa melancolía histórica —no siempre consciente— influye en nuestras identidades, nuestras tensiones sociales y nuestras narrativas culturales. Por ello, se vuelve esencial abordar las viejas disputas, pensarnos como parte activa de la historia, asumir nuestro ser forjado y comprendernos desde esa complejidad.

Con ese propósito, ofrecemos a los lectores interesados el valioso trabajo de académicos, profesores e investigadores que han dedicado su labor al análisis de los fenómenos mencionados. Estamos convencidos de que estos estudios serán de gran utilidad para futuras investigaciones.

El libro lo abre el magistral trabajo de Miguel Zugasti, donde el investigador conjuga un hallazgo con su erudición filológica, agudeza historiográfica y rescate documental. Su estudio sobre «Los mulatos de costa Esmeraldas» se erige como una pieza magnífica de investigación en el cruce entre literatura, historia colonial y estudios afrodescendientes. Con una prosa rigurosa pero viva, el autor desentraña la historia olvidada de los cacicazgos zambos en la costa ecuatoriana del siglo XVI, a partir de fuentes primarias, mapas y retratos que enriquecen visual y críticamente su propuesta. Especial mención merece la recuperación del rarísimo libro *Naufragio y peregrinación* de Pedro Gobeo de Vitoria, cuya lectura se revela como testimonio vívido y desgarrador del drama humano que implicaban los naufragios y las travesías por la ignota costa del Pacífico Sur. Esta edición, sumada al análisis exhaustivo de

los procesos de mestizaje, resistencia, alianza y cristianización forzada, configura no solo un aporte sustancial al conocimiento histórico, sino una interpelación ética y estética a la memoria colonial. Zugasti logra reconstruir una red compleja de relaciones entre los mulatos de Esmeraldas y el poder virreinal, narrando, con admirable pulso académico, la paradoja de aquellos que, habiendo sido esclavos, fundaron linajes y gobernaciones entre selvas, ríos y naufragios.

Mauricio Beuchot, con su habitual erudición amena, nos invita a meditar sobre el mestizaje desde la perspectiva de la hermenéutica analógica. Señala que reflexionar sobre nuestro pasado es ya, en sí mismo, un ejercicio hermenéutico, pues consiste en interpretar los testimonios históricos que dan cuenta de esta mezcla fundacional. En ese sentido, tanto en su origen como en su análisis actual, el mestizaje implica una búsqueda de analogías con el otro y con el nosotros del pasado.

Por su parte, Virginia Aspe plantea una visión interesante sobre la identidad mexicana sustentada en el barroco, entendido no solo como estilo artísticamente ornamentado, sino como un concepto filosófico y existencial. Coincidimos con su idea de que los novohispanos fueron más barrocos que los propios creadores peninsulares de este movimiento. Peninsulares y criollos encontraron en el barroco un rasgo distintivo frente al mundo, y Virginia Aspe nos permite observarlo a través de la obra, la personalidad y la genialidad de don Carlos de Sigüenza y Góngora, sin duda, barroco entre los más barrocos, y espíritu renacentista por excelencia.

Rómulo Ramírez desarrolla una argumentación detallada en la que compara actitudes y virtudes socráticas con la vida y obra de sor Juana Inés de la Cruz. Mediante este paralelismo biográfico y filosófico, propone considerar a sor Juana como una pensadora socrática novohispana, especialmente por su autodidactismo y su amor por la sabiduría. Este trabajo nos acerca a una faceta menos explorada: la de la Décima Musa como filósofa.

Miguel Ángel Fuentes, por su parte, también centra su estudio en sor Juana, específicamente en el villancico de la Asunción, en el cual se intercalan voces de distintas nacionalidades, entre ellas el náhuatl. Su exhaustivo análisis estilístico e histórico se enriquece con una reflexión sobre la perspectiva mestiza presente en estos diálogos. Fuentes evidencia cómo sor Juana valoraba la convivencia de las diversas etnias en la Nueva España, y reconocía la importancia de cada una de ellas dentro de un todo integrador. Su estudio sobre los villancicos —género poco apreciado en el universo sorjuanino— nos ofrece una nueva perspectiva sobre la relevancia de estos escritos.

A pocos autores podemos considerar tan mestizos como al Inca Garcilaso de la Vega cuya educación y visión del mundo articulaban el viejo y el nuevo continente. Sergio Navarro Ramírez ofrece una revalorización de su singular obra desde la perspectiva del mestizaje, destacándola como una crónica que sintetiza el amor por ambos pueblos y el orgullo de pertenecer a cada uno. Su análisis permite comprender mejor qué significa ser americano desde la pluralidad identitaria.

Resulta sorprendente pensar que el hallazgo de Pompeya y Herculano, en la lejana campiña italiana, pudiera vincularse con la Nueva España. Sin embargo, Elvia Carreño Velázquez demuestra esta conexión mediante un estudio original que rastrea la influencia del arte romano en la vida cotidiana novohispana. La arquitectura, las esculturas y la pintura comenzaron a adoptar motivos clásicos, en un fenómeno que impregnó incluso la moda del siglo XVIII, marcada por un estilo pompeyano.

Así como el arte nos abre nuevas vías para el estudio del periodo virreinal, la arqueología desempeña un papel fundamental en el conocimiento de nuestra historia y su relación con el mestizaje. El equipo arqueológico integrado por Ma. Teresa Salomón, Aurelio López Corral y M.^a Amparo Robles encabezan el registro de un hallazgo reciente en la región de Tlaxcala, una zona clave desde el siglo XVI por su papel en la alianza con Hernán Cortés. Este sitio arqueológico revela indicios del temprano mestizaje, tanto en sus estructuras como en su configuración sociocultural.

Ruth Rosas, desde Perú, ofrece una descripción minuciosa de las fiestas religiosas tradicionales como manifestación viva del mestizaje no solo racial, sino cultural. Su análisis revela la convivencia de tres mundos: el Tahuantinsuyo, el hispano y el africano, expresada en las procesiones, los símbolos y las prácticas devocionales que, aún hoy, definen la identidad peruana.

Julissa Gutiérrez Rivas centra su atención en un grupo históricamente invisibilizado: los afrodescendientes. Su estudio reconoce el papel económico y social de los descendientes de africanos en el Perú virreinal, en su mayoría esclavizados o asignados a trabajos domésticos y rurales. Las clasificaciones raciales resultan confusas, pero su aporte, tangible e invaluable, sostiene parte de la estructura económica de la época. Gutiérrez nos entrega datos estadísticos reveladores que invitan a reflexionar sobre el legado africano y la deuda histórica que persiste.

Desde Arequipa, José Luis Bellido Nina analiza los modelos ideológicos predominantes entre los siglos XVIII y XIX, en el tránsito entre el antiguo y el nuevo régimen. Su reflexión aborda los efectos de la Reforma protestante en

la religiosidad virreinal, así como las transformaciones del pensamiento y los procesos de secularización en el sur peruano.

En la Nueva Granada, Jaime Andrés Vásquez Jaramillo documenta las tensiones entre el poder civil y el eclesiástico, especialmente entre el clero secular y el regular. Su estudio detalla la realización de censos como instrumento de control político-religioso y permite comprender la organización y conflictos del mundo eclesial novogranadino.

Sara Lelis nos ofrece un trabajo apasionante sobre el mestizaje musical. A través del análisis de los *Cantares mexicanos*, canciones en náhuatl con temática religiosa, demuestra cómo la música fue utilizada como herramienta evangelizadora. Lelis traduce estos textos al portugués, su lengua materna, y pone de manifiesto la convivencia artística de lenguas y cosmovisiones.

María del Carmen Lozano Véliz traza un recorrido historiográfico sobre la figura de Malinali o Malinche, hasta llegar a su representación en el *Códice Florentino*. Su estudio contribuye a la necesaria reivindicación de esta figura fundacional del mestizaje mexicano, injustamente condenada como traidora. Nada más alejado de la verdad: Malinali simboliza el entrecruce de mundos y el nacimiento de una nueva identidad.

Maribel Reyna Rubio nos recuerda que el mestizaje también se expresa en el menaje doméstico. Su análisis del ajuar virreinal, en especial la cocina, revela cómo los objetos cotidianos —instrumentos, vajilla, mobiliario— reflejan la fusión de prácticas y saberes europeos e indígenas. Las casas novohispanas, tanto indígenas como criollas, adoptaron elementos del «otro», dando forma a un modo mestizo de habitar.

María Estela Muñoz Espinosa analiza los cuadros de castas, representaciones pictóricas que pretendían clasificar las combinaciones raciales de la sociedad virreinal. Su estudio, lejos de asumirlas como documentos neutrales, revela su dimensión simbólica, normativa y muchas veces discriminatoria. Estas pinturas constituyen una guía visual que, paradójicamente, muestra la riqueza de la mezcla y la obsesión por controlarla.

Alejandra Gabriela Durán Escamilla aporta un enfoque singular al estudiar cómo fray Bernardino de Sahagún retrata la fauna americana en su *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Señala cómo los animales son juzgados bajo una mirada etnocéntrica, atribuyéndoles cualidades feroces, medicinales o incluso diabólicas. Esta lectura ofrece una nueva vía para comprender la percepción colonial del «otro natural».

Adrián Valero examina el papel central de la Compañía de Jesús en la cultura virreinal. Desde sus orígenes con san Ignacio de Loyola hasta su desplie-

gue en la Nueva España, los jesuitas destacaron como formadores de élites intelectuales y defensores del conocimiento. Su legado en educación, filosofía y literatura es incuestionable.

Finalmente, Beatriz Orozco ofrece una reflexión sobre los procesos de apropiación cultural en las comunidades huichola y purépecha, evidenciando cómo estas incorporan elementos heredados de la cultura hispánica sin perder sus rasgos identitarios.